





[www.loqueleo.com/ec](http://www.loqueleo.com/ec)

Título original: *Einen vater hab ich auch*

© Del texto: 1994, Christine Nöstlinger

Beltz Verlag Wiinheim And Basel.

Program Belz & Gelberg, Weinheim

© De la traducción: 1999, Rosa Pilar Blanco

© De la ilustración de cubierta: 1999, Emilio Urberuaga

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-758-0

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2013

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Marzo 2017

Décima primera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Diseño de la colección: Manuel Estrada

Diagramación: Patricia Soria

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# Yo también tengo un padre

Christine Nöstlinger



loqueleto

## Capítulo I

En el que mi amor filial entra en grave conflicto con mi egoísmo, vence el primero sobre el segundo y, debido a ello, me veo amenazada por una exigencia desmesurada.

7

Lorenzo, mi amigo del colegio —antes fue también mi novio—, considera “un 33% normal” tener padres separados, porque uno de cada tres matrimonios se divorcia. Sin embargo, todos los hijos de padres divorciados que conozco preferirían ser “del 66% normales”. Sólo que a mí hasta hace ocho meses —para ser más exactos: hasta mediados de abril— me importaba un pimiento que mis padres estuvieran separados, pues en lo tocante a este punto las cosas me iban relativamente bien.

En primer lugar, mi madre y mi padre se separaron cuando yo era muy pequeña. Tenía dos años y dos meses, de modo que no me enteré de las peleas ni del ambiente enrarecido que había entre ellos. O al menos no consigo recordarlo.

En segundo lugar, mi madre y mi padre ganan bastante dinero y viven bien aunque estén separados. A mucha gente le resulta imposible mantener dos viviendas. Y dos coches. Y todas las cosas restantes multiplicadas

igualmente por dos. Total, que les queda mucho menos para los hijos.

Y en tercer lugar, entre nosotros nunca ha existido uno de esos repartos intransigentes y estúpidos, en los que, por resolución judicial, el padre puede estar con su hijo toda una tarde, una vez a la semana o una vez al mes. Yo siempre he podido ver a mi padre todas las veces que he tenido ganas y él, tiempo.

8 En cierta ocasión lo calculé durante un mes entero y resultó que yo pasaba con mi padre más tiempo que mi amiga Lizzi con el suyo. Y eso que ella es una niña 66%. Sin embargo, entre semana su padre llega tarde a casa, se sienta ante el televisor con una botella de cerveza y se queda dormido. ¡Y todos los fines de semana se va a pescar! El padre de mi amiga Polli, otra niña 66%, aunque le dedica un montón de tiempo, se lo amarga con sus broncas, sus críticas y su manía de prohibirlo todo.

Desde el jardín de niños estoy convencida de que Lizzi y Polli lo tienen mucho más crudo que yo en lo que a padres se refiere. Ah, y de que la gente tiene que ser comedida, también. Cuando se tienen una madre y un padre cariñosos sería excesivo pretender, además, que los dos se quieran y que podamos ir por la vida juntos los tres, llenos de felicidad. ¡Aunque sería maravilloso, por supuesto!

Total, que hasta mediados de abril yo no tenía nada que objetar a mi vida familiar dividida. Incluso era consciente de que disfrutaba de ciertas ventajas. Por ejemplo: los padres separados no se unen como lapas en contra de sus hijos. Les resulta imposible, porque ignoran lo que

el otro cónyuge considera adecuado en cada momento. Cuando un hijo 66% quiere unos pantalones nuevos y la madre le advierte que antes debe gastar los viejos, el padre, al enterarse, dice lo mismo que la madre:

—¡Primero gasta los viejos!

Sin embargo, cuando un hijo 33% desea unos pantalones nuevos y el cónyuge con el que vive no se los concede, puede sacárselos al otro, pues este no suele tener ni idea de que el primero se opone a la compra. (*Cónyuge* suena estúpido, pero creo que es la expresión oficial exacta. Y llamar “el cónyuge” al padre y “la cónyuge” a la madre no es muy usual, ¿a que no?).

En cuanto a las malas calificaciones de los exámenes, una también puede elegir a quién se las da a firmar. Como es lógico, no les sucede lo mismo a todos los hijos de divorciados, pues hay muchos a quienes les va asquerosamente mal. Pero en mi caso, a Dios gracias, así son las cosas. Como ya he dicho, hasta mediados de abril estaba satisfecha con mi “vida familiar dividida”.

Un buen día, era lunes y volvía a casa del colegio con bastante retraso. La Blaumeise, nuestra tutora y profesora de *mate*, se había entretenido al final de la clase en darme toda una conferencia sobre el buen comportamiento en la escuela. Mamá me recibió con su cara de ahora-va-en-serio y me dijo que tenía que discutir algo conmigo. ¡Algo importantísimo!

Mi madre es periodista. En aquella época trabajaba en un periódico de Viena. Solía hacer su trabajo en casa. Escribía sus artículos en su computadora portátil

y los enviaba por fax a la redacción. Siempre decía que trabajaba en casa para que yo no tuviera que ser una niña “de llave”. Pero a mí no me habría importado nada serlo. Una madre que, cuando quieres algo de ella, dice: “No me molestes, por favor, tengo que trabajar”, da igual que esté en casa o no, pues el resultado es el mismo.

Además, los niños “de llave” pueden poner la radio y el *compact disc* tan alto como les dé la gana, sin necesidad de tener consideración por los oídos maternos. Nadie les reprocha que vean la tele en lugar de hacer la tarea. Nadie nota que a mediodía se han ido a la heladería y que han “hecho desaparecer” en secreto el guiso que debían de calentar.

En fin, que ese lunes, mientras sacaba lo que había comprado al volver del colegio para la comida —yo me encargaba siempre de las calorías del mediodía—, mamá me anunció que le habían hecho una oferta para trabajar en una revista llamada *Zas* que acababan de fundar en Munich. Según ella eso era genial, porque, aparte de todo, andaba muy preocupada por su actual trabajo. A su periódico le iba fatal, quizá no superara el “bache” y podía llegar incluso a desaparecer. Además, en *Zas* ganaría el doble que ahora. ¡Entonces seríamos personas realmente adineradas!

—Estupendo, estupendo —dije, sin sospechar nada malo.

Suponía que en ese caso mi madre, en lugar de enviar sus artículos por fax a la otra punta de la ciudad, los remitiría más allá de la frontera, a Munich.

Me dediqué entonces a tomarle el pelo a mamá, porque ella tiene declarada la guerra al fax, debido a

que sólo consigue poner con éxito uno de cada diez. Y siempre le echa la culpa injustamente al aparato.

—Feli, si acepto el trabajo en *Zas* tendremos que irnos a vivir a Munich —me dijo mi madre, mientras comíamos.

A mí, de puro espanto, se me cayó la mayonesa de langosta que tenía en el tenedor y aterrizó en mi pantalón.

—Pero sólo lo haré si tú estás de acuerdo —añadió—. Si no quieres marcharte de Viena, rechazaré la oferta.

Sin embargo, a juzgar por la expresión de su rostro, parecía como si el rechazo fuera a precipitarla en la más profunda depresión.

Aquello me dejó completamente desconcertada. Yo soy una niña que odia que me fuercen a hacer algo y, en consecuencia, odio también forzar a otros. ¡Lo único que tenía claro era que no me apetecía trasladarme a Munich! Pero tampoco obligar a mi madre a quedarse en Viena por mí. Era un dilema sin solución. Así que, en principio, evité manifestar cualquier opinión. Ni siquiera contesté que lo pensaría, aunque supongo que mi madre interpretó de ese modo mi silencio. Quizá con la intención de “ayudarme en mi decisión”, se dedicó a explayarse entusiasmada sobre la ciudad tan fantástica que era Munich, “realmente elegante y con todo lo que una pudiera desear”. ¡Y con el tren a tan sólo cuatro horas de Viena! Encima, papá tenía que acudir a Munich por asuntos de negocios con muchísima frecuencia, de modo que casi lo vería incluso más que ahora. Además, ¡una niña tan “abierta y sociable” como yo pronto tendría un montón

de amigos en Munich! Estuvo a punto de convencerme de que todos los niños de Munich eran mucho mejores colegas que los de Viena.

Por la tarde, estuve pensando que mi madre se había embarcado ya otras veces en demasiados planes y proyectos, que había querido cambiar de trabajo muchas veces y, al final, todo se había quedado en nada. Siempre que le había puesto a su jefe de redacción la renuncia sobre la mesa, este le había ofrecido un poquito más de dinero asegurándole que le sería imposible arreglárselas sin ella. Total, que mamá se sentía siempre tan conmovida que se quedaba.

Intenté convencerme de que en esa ocasión sucedería exactamente lo mismo, así que no debía preocuparme demasiado.

Esa misma noche, mamá volvió a la carga con lo del trabajo en *Zas*. Dijo que el mayor problema era encontrar casa en Munich. Allí las viviendas que uno podía permitirse eran todavía más escasas que en Viena. ¡Esa ciudad era un paraíso para los tiburones que ofrecían alquileres! Es verdad que le había pedido a una vieja amiga de Munich que intentara encontrarle casa, pero esta no le había dado muchas esperanzas.

Así que me fui a la cama mucho más tranquila. “Si en Munich es imposible encontrar casa”, pensaba, “no hay razones para protestar continuamente contra mi traslado, ni hundir con ello a mi madre en la depresión”. ¡Era mucho mejor que el fracaso del “trabajo de sus sueños” se debiera a los tiburones del alquiler y no a mí!

Sin embargo, no conseguí olvidar del todo la amenaza de *Zas* porque en mi clase comenzó a correr la noticia de que mi madre pretendía trasladarse conmigo a Munich. ¡Y no fui yo! Fue la madre de Lorenzo, que se había enterado en la peluquería. Mi madre, que va a la misma peluquería, le había hablado al estilista —así se llaman a sí mismos los peluqueros— de la oferta de *Zas*. Y el estilista propagó la noticia cuando aún estaba calientita, a pesar de que mamá se lo había confiado como un secreto.

Me conmovió bastante que la noticia hiciera perder los nervios no sólo a Lizzi, a Polli y a Lorenzo, con el que yo salía entonces. Casi todos los niños de clase me suplicaron con insistencia que me quedara, que me resistiera al traslado. “Sin ti, el colegio sería triste, gris y aburrido”, decían.

La verdad es que yo procuro introducir una pizca de variedad, alegría y entretenimiento en clase. Sobre todo con el Hollander y la Blaumeise, que la incitan a una a tomarles el pelo. La Blaumeise tiene una cara auténticamente avinagrada, con las comisuras de la boca caídas, las orejas colgantes y unas arrugas de malhumor en la frente. Como dice mi padre, es una de esas personas que para reírse se esconden en el sótano. Sin embargo, también tiene buenas cualidades, aunque yo no me percaté de ello hasta más adelante. En aquellos momentos, a mediados de abril, no me daba cuenta. Por entonces sólo la consideraba una persona incapaz de entender una broma ni de dejar nada impune. Aquella vez que animé su discurso sobre problemas matemáticos con eructos regulares —mi madre me ha

enseñado a eructar a propósito, de forma que parezcan auténticos—, ella, incapaz de pasarlo por alto, empezó a discutir conmigo sobre si eructaba de verdad por un problema de gases o lo hacía a propósito. Y cuando me pasó al pizarrón e hice trizas nuestro último pedazo de gis para estropear el instrumento de escritura y quedarme sin trabajo, reaccionó en el acto como si yo hubiera cometido un delito capital. ¡Me la tuvo guardada hasta la siguiente entrevista con mis padres y entonces se lo echó en cara a mamá! Aunque alguna vez me pasase algo por pura casualidad, ella sospechaba enseguida que lo había hecho adrede. Un día que me caí de la silla, en lugar de preocuparse por mi coxis adolorido, me replicó enfadada:

—¿Es este un nuevo método para molestar en clase?

Al Hollander, en cambio, era facilísimo hacerle perder los estribos, ya que era distraído hasta extremos inconcebibles. Cuando desplegabá toda su sabiduría biológica me encantaba interrumpirle planteando pequeñas “cuestiones sin importancia sobre el tema”. Él contestaba a mi pregunta de buena manera, pero yo volvía a interrumpir su respuesta con una nueva pregunta, y cuando empezaba a responderla, yo le interrumpía de nuevo, hasta que de repente perdía el hilo y se quedaba completamente confundido. Si se trataba de uno de esos días en los que estoy especialmente rebelde, entonces podía transcurrir la clase entera de biología sin que avanzáramos un ápice en la materia.

Por eso, no es extraño que a mis compañeros de clase les costara renunciar a alguien como yo. ¡Pero fui

sincera con ellos y los tranquilicé. A mediados de mayo yo estaba segura de que mi madre rechazaría el trabajo en *Zas*. Su amiga de Munich había llamado dos veces diciendo que lo único que había encontrado eran “cuchitriles criminalmente caros”. Además, una colega de mamá que vino a casa comentó que, al parecer, el ambiente de trabajo en *Zas* era “totalmente catastrófico” y aconsejó a mi madre que “se pensara dos veces” lo de cambiar de empleo. Todo esto hizo que mamá dejara de poner por las nubes la ciudad de Munich y de relatar todos los lujos que nos podríamos permitir con los abundantes ingresos de *Zas*.

El 29 de mayo regresé del colegio a casa sin poder imaginar lo que me esperaba. Susana, nuestra asistenta, que en ese momento estaba fregando la entrada, me dijo que tenía un pastel de requesón en el horno, que al cabo de media hora estaría listo, y que entonces podría servirme un buen trozo. Acepté encantada, porque los pasteles de Susana son únicos, y fui de puntillas hacia los buzones, al comprobar que en el nuestro había un aviso de telegrama. Saqué del buzón una postal de la abuela, que se ha instalado en Mallorca, un par de folletos de propaganda, dos cartas del banco y el telegrama. Este me desconcertó. “¿Quién recurre hoy en día a algo semejante”, pensé, “pudiendo telefonar o enviar un fax?”.

Susana me miró mientras lo abría.

—Cuando veo telegramas, no puedo evitar pensar en alguna terrible desgracia. ¡Nunca traen nada bueno! —apuntó, visiblemente preocupada.

Leí el telegrama con un gesto de asentimiento, y murmuré:

—Tienes razón, verdaderamente no dice nada bueno.

A Susana tal vez le habría gustado enterarse del contenido. Normalmente no tengo secretos para ella, porque me cae muy bien. Pero ese día me encontraba tan baja de moral que no me sentía con ganas de leérselo y explicarle lo que significaba.

Así que, sin darle explicación alguna, subí las escaleras con el correo, abrí la puerta de casa, entré en el recibidor y cerré con tanta fuerza que la corriente de aire hizo tambalear el sombrero rojo de paja de mamá que reposaba en el perchero; y seguro que mi “subvecino” (al tonto que vive debajo de nosotros le he eliminado de la categoría de “vecino”) me mandó una vez más al infierno, porque los ruidos le atacan los nervios.

La puerta del cuarto de baño estaba abierta y vi a mamá metida en la bañera rodeada de montañas de espuma azul claro. Ella se baña a diario con calma y tranquilidad, a pesar de que no es bueno para la piel. Destruye el manto ácido y, en cuanto este se deteriora, es mucho más fácil sufrir erupciones cutáneas y ácaros y sarna y todas esas asquerosidades. ¡Al menos eso afirma el Hollander! Mi madre, sin embargo, argumenta que la hora diaria de baño es su fuente de la juventud, que la relaja y hace que su cerebro se regenere.

El portazo arrancó a mamá bruscamente de su ensimismamiento regenerador.

—¿Cómo, ya es más de la una? —preguntó, con tono culpable—. Salgo enseguida y preparo una tortilla para las dos.

Entré en el cuarto de baño y le puse el telegrama delante de sus narices. Pero no llevaba puestos los lentes de contacto, y sin ellos confunde, a la distancia de un beso, a cualquier otra niña conmigo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Un telegrama.

—Ah, de modo que era el cartero el que llamó a la puerta hace un momento —murmuró—. ¿De quién es?

—¡Viene de Munich! De la editorial de *Zas* —precisé.

Una pizca de intranquilidad apareció en la mirada miope de mi madre.

—¿Y cómo es que mandan un telegrama? —farfulló—. ¿Por qué no me llaman por teléfono?

Yo sabía de sobra por qué no la habían llamado. La clavija del teléfono, la del aparato principal de la entrada, no estaba metida en su caja. En esa época, mi madre enviaba siempre sus artículos por fax desde la extensión de su cuarto; pero para ello tenía que desconectar primero la clavija del teléfono principal. Y había vuelto a olvidarse otra vez de conectar el cable de la entrada después de enviar el fax: total, que todos los que nos hubieran telefonado sólo habrían oído un exasperante *tut-tut-tut*.

—¿Has abierto ya el telegrama? —me preguntó mamá, escondiéndose hasta el labio inferior en la espuma azul claro.

—¡Sí! —contesté, esforzándome para que mi voz no pareciera gritona y ácida.

—¡Léemelo! —ordenó mi madre, mientras se sumergía en la espuma hasta la punta de la nariz.

Empecé a leer:

—“Lamentamos no haber podido ponernos en contacto con usted por teléfono...”.

Mamá se incorporó en el agua y sacó la cabeza hasta la barbilla.

—¡Qué tontería! —me interrumpió—. ¡Si me he pasado en casa todo el día de ayer y el de hoy!

Renuncié a explicarle lo de la clavija olvidada y proseguí mi lectura:

—“Tiene reservada habitación en el hotel Fortuna de la calle Schelling, a partir del 1 de junio. Le rogamos se ponga en contacto con nosotros lo antes posible. *Zas*”.

Mamá suspiró. Tres veces. Muy profundamente, con mucho sentimiento.

—¡Eso es pasado mañana! —gruñí.

Mi madre emergió de la espuma y salió de la bañera con el cuerpo cubierto por un montón de pompas de color azul. Sin aclararse, se puso el albornoz.

—Quería decírtelo anteayer y luego ayer, tesoro —dijo, mientras se dirigía al lavabo para ponerse los lentes de contacto—. Pero lo he ido retrasando. ¡Ya sabes cómo soy! ¡Me gusta mantener lejos de mí todo lo desagradable!

Me senté en el borde de la bañera y solté el telegrama, que cayó planeando sobre la espuma azulada. Al principio flotó, luego le salieron manchas oscuras y por fin se hundió, ya grisáceo y muy reblandecido. Mi madre, mientras se embadurnaba la cara con una gruesa capa de masa grasienta y blanquecina, me explicó que había decidido probar el trabajo en *Zas*, pero que no

sabía si le iba a gustar. Sería una locura abandonarlo todo aquí y trasladarse a Munich hasta no estar completamente segura. Además, su vieja amiga no conseguía encontrar casa, de modo que tendría que ocuparse del asunto ella misma. Así que le había propuesto a los de *Zas* trabajar primero cuatro semanas a prueba, viviendo en un hotel pagado por la editorial. Le había sido imposible retrasarlo hasta las vacaciones de verano, por la competencia que había por ese empleo. ¡Muchos querían conseguirlo! En cuanto a mí, en primer lugar, no era cuestión de vivir con ella en un hotel y, en segundo, aún había colegio y yo tenía que terminar el curso en Viena. Por eso había hablado con su hermana, la tía Rosalía, y esta se había mostrado dispuesta a hospedarme en su casa hasta que acabara el curso.

La última parte de esta larga explicación me horrorizó de tal forma que del susto me escurrí hacia atrás y metí la parte trasera del pantalón en el agua. ¡Mi tía Rosalía es realmente lo último! ¡Y su marido, el tío Gus, lo último de lo último! ¡Y mi prima Ana es para vomitar! Sólo mi prima Sofía es aceptable, pero es la oveja negra de la familia y sufre continuas reprimendas.

¡Como es natural, ese habría sido el momento de decirle a mi madre que por nada del mundo me iría a Munich, que tenía que rechazar la oferta! Sin embargo, no quería ser la culpable de que ella renunciara al “trabajo de sus sueños”. ¿Quién soy yo para decidir sobre su vida? Además, mi cerebro obstinadamente optimista, susurraba: “¿Y quién te dice a ti que le gustará el trabajo? ¡Como allí esté prohibido fumar, pasado mañana estará de vuelta!

¡Tampoco será capaz de encontrar casa! Y si el redactor jefe se dedica a corregirle sus artículos y se le ocurre cambiarle una sola coma, tampoco será capaz de resistirlo. Que se vaya a Munich y se convenza de que todo ha sido una quimera”.

No obstante, lo de obligarme a quedarme con la tía Rosalía mientras ella se convencía era una exigencia desmesurada que nunca se le debiera haber ocurrido. Mi madre, en cierto sentido, lo comprendía. Se disculpó una docena de veces por ello y maldijo a la abuela por haberse ido a disfrutar de la vida a Mallorca, en lugar de dedicarse a cuidar a sus nietos como hacen otras abuelas.

—Además, aparte de ella no tenemos a nadie con quien puedas quedarte —dijo mamá.

“Eso es lo que tú te crees”, pensé. Pero no dije con qué otra persona podría quedarme hasta el previsible regreso de mamá. Quería asegurarme antes de comunicárselo.

Levanté mi trasero del agua de la bañera, fui a mi habitación, me cambié de ropa de cintura para abajo y le dije a mi madre que renunciaba a la prometida tortilla de la comida —la noticia me había quitado el apetito y además había quedado con unos amigos del colegio—. Tras zamparme un reseco pastelillo relleno de requesón, salí a toda prisa de casa, corrí hasta el tranvía y me dirigí a la oficina de papá.

Mi padre tiene un estudio de diseño gráfico con un socio. Hacen logotipos, diseños de folletos e informes anuales para grandes empresas. A veces, hasta maquetas

para libros. En fin, todo lo relacionado con la tipografía y la edición. Realizan incluso dibujos, si alguien se lo pide. Pero en eso no son tan buenos, dice mi padre.

Cuando llegué a la oficina de papá sólo estaban allí su socio y su joven ayudante. Su socio dijo que no tenía ni idea de dónde estaba mi padre. Posiblemente comiendo. Cuando mi padre está con un “ligue”, su socio se comporta como si no se enterara de nada. Cree que yo siento celos de los “ligues”. (Porque él también está separado y su hija está celosa de su novia).

Esperé a mi padre. Una hora larga. A mí me gusta estar en el estudio. Hay montones de pinturas y de lápices y de papeles preciosos. Dibujé un poquito, y el socio y su ayudante me alabaron diciendo que poseía un “auténtico talento”. Que también lo dijera el ayudante me alegró, porque las alabanzas del socio de papá no me las puedo tomar en serio. Es un encanto de hombre, un adulator.

Por fin llegó papá. Le conté dónde me quería meter mamá de hija adoptiva. Él empezó a despotricar diciendo que todo ese asunto de *Zas* era una maldad para mí y también para él.

—Es un cochino chantaje de tu madre —gritaba—. Ella me deja la decisión a mí a sabiendas de que no quiero arruinarle esa oportunidad. Y ni siquiera me pregunta si estoy de acuerdo en verme obligado a viajar cuatro horas para ver a mi hija.

Luego añadió que le cantarían las cuarenta a mamá y le diría que bajo ningún concepto yo estaba dispuesta a marcharme a Munich.

Le expliqué que mi problema no era ese, ya que mamá comprendería pronto que todo este asunto